

FRANCISCO BENS ARGANDOÑA

ESPAÑA
EN EL AFRICA OCCIDENTAL



LAS PALMAS
TIPOGRAFIA, SANJUSTO NUM. 4.
1907.

A. D. Emilio Bonelli Hernandez
Su subordinado y amigo
que le quiere de verdad
Francisco Bens

MEMORIA

descriptiva de las dos expediciones efectuadas al interior de los dominios españoles en el Sahara, por el Capitán de infantería Don Francisco Bens Argandoña, Gobernador Político Militar de Río de Oro.

PRIMERA EXPEDICIÓN

Mucho he oído hablar y algo he leído de las expediciones al «Sahara Español» que partieron de Villa Cisneros (Río de Oro); pero á la verdad, por lo menos en mi sentir, las encuentro con pocos datos y detalles para poder probar su veracidad, en cuanto se refiere á visitas hechas á las Kábilas nómadás habitantes de la parte de este Desierto perteneciente á España, en las que no se tiene el menor recuerdo de la presencia de ningún extranjero.

Casi desde mi llegada á esta Colonia, puede decirse que no ha pasado un solo día, sin que mi imaginación batallara con esta idea fija: hacer una excursión por el interior del Sahara, visitar sus Kábilas, enterarme de visu de sus producciones, en una palabra, formar un juicio exacto sobre lo que de esta parte de nuestro territorio podríamos esperar. Contra dos obstáculos tenía que luchar, que aunque de muy distinta naturaleza, conspiraban ambos á que creciese mi temor de no ser todo lo fructífera una expedición en las condiciones que yo podría realizarla; es el primero, la dificultad con que tropieza todo extranjero para poner sus pies en el interior del Sahara, y el segundo, el

reconocimiento de mi impericia para poder hacer un estudio serio y detenido de todo cuanto observase bajo los puntos de vista geológico, mineralógico, botánico, climatológico, etc.

Esto no obstante, existe un aspecto de la cuestión que creo cae por completo en la esfera de mi cargo: me refiero al interés político y de atracción, que una tal visita pudiera tener, y que sirviese al propio tiempo como de introducción y preparación, para en lo futuro y ya en mejores condiciones, poder hacer un estudio verdaderamente en regla, por lo menos de una parte de la gran extensión del Sahara reconocido como nuestro, cosa que ya hoy creo conseguiríamos, dándome las atribuciones al efecto.

Así pues, sólo el interés político, me ha guiado á hacer mis expediciones, pues por otra parte, observación alguna es muy difícil realizar, tanto por los prejuicios de los morcs, como por el temor y desconfianza con que ven todo lo que no les es familiar, hasta el punto de que, ni aún papel y lápiz podía sacar para tomar notas, pues de antemano fui advertido por mis dos acompañantes, Laceny y Mohamed El-Cheguef (á) Zángano, de que no lo hiciese. Por este motivo, omito acompañar croquis, planos, y demás, porque, como no pude tamarlos sobre el terreno, incurriría en lamentables equivocaciones.

Al escribir la presente memoria, no es mi

ánimo la exposición detallada de las grandes fatigas y penalidades que he pasado, que con todo y ser muchas, no son nada al lado de la satisfacción interior, íntima, del explorador y del español, que al pisar por vez primera terreno vedado á la civilización, solo palabras de admiración á España oía por todos lados; y mi único objeto al escribir estos desaliñados renglones, es dar á conocer lo mucho ó poco que buenamente he podido apreciar en mis expediciones, cuyo feliz resultado dicho sea de paso, lo considero una consecuencia obligada de mi comportamiento para con los indígenas durante el lapso de tiempo (1904 á 1907), que llevo al frente de este Gobierno.

El día 26 de Junio último, á las dos y media de su tarde, me avisó el cabo de guardia se divisaban moros del Centro, presentándose 30 minutos despues, el fraile y Jefe de la Kábila Oulad-Bas Mohamed-iejade, acompañado de dos de los hijos de la Oulad-Delim, Hamuiyen, llamados El-Buen y Ezman y del de la Oulad-Tidrarin Mohamed-Mesquif, los moros no menos importantes Eciuch, Siyid, Mohamed, Ahamed Selem, Ahemed Bebe, Mohamed Selem, Chnjr, Mohamed Sley y Mojame Kali, los que despues de entregar sus armas en la casa parada, (las cuales recibe siempre el intérprete ofi-

cial, al irlos á reconocer) y hacer sus oraciones, les hice venir á mi despacho, saludándonos muy cariñosamente, pués además de conocernos hace algún tiempo, es Mohamed-iejadé digno de aprecio, por ser uno de los que me acompañaron á Canarias, por voluntad propia, á ofrecer respeto y sumisión á S. M. el Rey (q. D. g.), al que le entregó su Gumia de Plata. Al preguntarle primero, que traía, y segundo por su tardanza, me contestó: Plumas de Avestruz; escusándose después de no haber venido antes á recoger el regalo de S. M. y enseñándome la herida ya cicatrizada en el antebrazo derecho, producida en la última lucha que ha tenido su Kábila, con la de Errgueibat, hoy ya en paz (cosas que yo sabía). Al entregarle la escopeta, regalo de S. M. (q. D. g.), operación que hice con la mayor solemnidad posible delante de los Oficiales, moros que le acompañaban y otros de la Colonia, haciéndole notar, el valor del regio obsequio, su importancia y demás, recordándole también, la cariñosa acogida que se dignó dispensarle S. M., en su viaje á Canarias, el trato que reciben de nuestra nación etc.; hubo de impresionarse algo, así como todos los demás, dando grandes muestras de agradecimiento y después de verla detenidamente y aprender su mecanismo, enseñado primeramente por mí y repetido por los Oficiales, reiteró palabras de gratitud para España y nuestro Rey, diciéndo-

me á continuación, que dado el tiempo que yo llevaba aquí al frente de este Gobierno, tratando con ellos y los muchos favores y atenciones que son en debernos á mí y á nuestra Nación, me invitaba á visitar sus Kábilas, prometiéndome que nada me ocurriría y que para mi mayor seguridad, se quedarían en el Fuerte hasta mi regreso: él, un hijo de Hamuiyen, Mohamed Selem y todos los que yo quisiera.

Sin demostrarles el gran regocijo que sentí, pués dicha visita la vengo trabajando desde hace tiempo, con la mayor diplomacia acepté, y quedamos en celebrar las conferencias oportunas, marchándose de seguida á saludar á los empleados de la Factoría Comercial.

Al día siguiente 27 y á las 8 de su mañana, se presentó Mohamed-iejadé en unión de El-Buen, Ezman y Mohamed Selem y después de obsequiarles con té y una copa Cogníac, (bebida esta última que como todas las demás, no todos los del Interior aceptan, y si lo hacen, es, con sigilo y cuidado de no ser vistos por los demás, con lo que concuerda aquel adagio entre ellos muy usual que dice «moro fino ni bebe vino ni come cochino» empezaron á hablarme muy detenidamente, por mediación del intérprete, de la tranquilidad y paz que reina ahora en todas las Kábilas, punto sobre el cual me extendí mucho en aconsejarles, como siempre lo hago á todos, debían dejarse de esas continuas luchas,

que sólo les conduce á la total ruina y al atraso en todos sentidos; contestándome que tenía mucha razón y que agradecían los buenos consejos que les daba, pero en ellos, era inevitable por su modo de ser, algo aficionados al robo y á la guerra y muy particularmente, porque tenían que *virir* y para ello era necesaria la lucha quitándole las cosas al que tiene más. Con esto entramos de lleno en el tema de visita á las Kábilas, acordando se quedarían en el Fuerte durante mi ausencia, los que antes me había indicado ó sean; El-Buen y Mohamed Selem y que me llevarían los demás bajo la dirección de Ezman, á ver las Kábilas de Oulad-Tidrarín, Oulad-Delim, las cuatro ramas de esta, que son: Oulad Baamar, Oulad-Tegeddi, Oulad-Lejeligue y las de Izarguiyin y de Oulad-Bsba. En esta misma conferencia y en las que celebramos por la tarde y día siguiente, pude apreciar la buena intención que les guiaba (cosa rara en ellos) y adquirir el convencimiento de que, tanto por lo que á mi vida se refería, como respecto á posibles complicaciones, no había en absoluto nada que temer, quedando en emprender mi marcha el día 29 y dedicarnos el día 28 y mañana del siguiente á la compra de obsequios para ellos, dar yo ciertas órdenes y él escribir varias cartas, para que estuvieran preparadas las Kábilas para mi recibimiento.

Sin pérdida de tiempo, puse á los Oficiales al corriente de mi marcha así como también al encargado de la Factoria. Al primer teniente le hice entrega del despacho del Gobierno y Destacamento, previniéndole redoblase la vigilancia, suspendiendo toda clase de trabajo con la fuerza fuera del Fuerte, y que al mismo tiempo de tratar todo lo mejor posible á los moros que dejaba en rehenes, ni por un segundo se les perdiera de vista, dejándoles pasar algunas veces fuera (por los jaimes), pero siempre acompañados en la forma que él tuviese por conveniente; dormirían y comerían en la enfermería, con centinela á la puerta y á ser posible, esté, sin ser visto por aquellos, y todas cuantas medidas más de seguridad creyese pertinentes; que una vez yo fuera, no admitiera recados de rescate ó por el estilo quedando convenidos en ciertas contraseñas para el caso, muy improbable, que me obligasen á escribir en determinado sentido y contra mi voluntad, haciéndole ver muy detenidamente, que al hacer esta expedición es, porque la creía bastante segura para mi persona y sobre todo, por considerarla de mí deber y como un medio más de fomentar y estrechar las relaciones con los indígenas, base de la política tan recomendada por el Ministerio de Estado y que sin cesar he desarrollado durante el tiempo que he permanecido al frente de este Gobierno. Al encargado de

La Factoria, le interesé me facilitara el intérprete de la misma, el moro Laceny, por ser el único apto para estos casos que existe en la colonia, accediendo inmediatamente y poniendo á mi disposición todo lo demás que pudiera hacerme falta.

Todos los obsequios comprados, lo fueron en la factoria, según se vé por la adjunta factura y todos ellos á gusto de Mohamed-iejadé y compañeros. Algunos fueron llevados á otros jefes de Kábila, y el El-Buen hasta llegó á pedirme mi cubre cama (nueva) y de regular calidad, para dárselo á su mujer, cosa á la que, como es natural, accedí.

Factura de los géneros adquiridos por el Gobernador Político Militar de esta Colonia, para las expediciones verificadas al interior de la misma.

59 piezas Americano.....	Ptas. 704
66 $\frac{1}{2}$ » Bordon.....	» 665
47 » Cretona blanca.....	» 470
3 » Setranech.....	» 37'50
6 » Senegal.....	» 45
1 Par babuchas.....	» 5
4 camisetas de franela.....	» 24
Suma y sigue.....	1.950'50

ESPAÑA AN EL ÁFRICA OCCIDENTAL

Suma anterior.....	Ptas.1.950'50
352 pilones de azúcar.....	» 896
4 latas de alquitrán.....	» 12
4 teteras peltre.....	» 32'50
45 vasitos de cristal.....	» 22'50
9'750 paquetes de bujías.....	» 9'70
1 cafetera esmaltada.....	» 9
5 tijeras.....	» 5
29 lendreras.....	» 4'45
8 pastillas de jabón.....	» 4
5 pañuelos rameados.....	» 5
1 lima usada.....	» 2'40
2 carneros.....	» 8
8 espejos circulares.....	» 1'60
6 cajas cerillas.....	» 0'60
1.477 kilos de arroz.....	» 518'40
103 » gofio.....	» 32'96
40 » galletas.....	» 40
7 » cebada.....	» 2'80
3'500 » azúcar.....	» 3'50
8'130 » tabaco.....	» 24'30
8'375 » té verde.....	» 65
0'100 » pólvora.....	» 1
0'500 » perdigones.....	» 0'50
1'833 » litros aceite de oliva.....	» 23'70
Una manta de lana.....	» 20

Total Ptas. 3.660'51

Río de Oro 16 de Julio de 1907.

Firmado-Ramón Baillo.

La noticia de mi marcha, corrió enseguida por toda la Colonia indígena, la mayor parte de cuyos individuos de ambos sexos, vinieron á darme detalles para que fuese preparado lo mejor posible, demostrándome su gran satisfacción, por ser el primer caso que veían de que un cristiano fuese al Centro y en la forma que yo lo hacía, deseando mi pronto regreso, y brindándose algunos á acompañarme, cosa á la que no me pude negar con Mohamed El-Cheguet (á) Zángano, por su insistencia, llegada al extremo de decirme, que hiciera con el, lo que quisiera, pero que al estar vivo, iría conmigo y solo pedía una buena sarapeta (escopeta), entregándole yo un Remington con 20 cartuchos, que me facilitó la Factoría. Este moro es marido de Fátima grande, que la llaman, mujer que siempre ha vivido aquí y de buena historia en favor de nosotros, pues en ataques ocurridos siempre ha avisado y hasta ha escondido y cuidado á pescadores canarios, para que no fueran cogidos por los moros del centro.

Todas estas muestras de adhesión, las agradecí más porque fueron presenciadas por los oficiales, tropa y demás población europea.

Al moro Laceny, como también al Cheguet, les llamé para darles ciertas instrucciones y que estuviesen preparados para el primer aviso, pues yo ya lo estaba; consistiendo mi impedimenta en una almohada pequeña, una

manta, dos tohallas, 8 pares de calcetines; por toda comida un saco de galletas, y de bebida un garrafón de agua, 3 botellas de idem con Cognac, café, azúcar y dos botellas de ron, para que al terminarse el agua, mezclarla con la de los pozos de ellos, que es muy salobre y así ver si podía pasarla. El no llevar comida, fué: primero, porque por todos conceptos quería no prevenirles de nada, no se fuesen á arrepentir por temor á los del interior y segundo, porque tampoco estaba muy sobrada la despensa, pues siempre traemos comida para un mes de repuesto, pero, para tres personas y ahora por sorpresa éramos cinco.

El día 29, después de almorzar con exceso en previsión del ayuno que me amenazaba, salimos para el muelle, encontrándome fuera á toda la colonia para despedirnos, llamándome unos y otros hasta el extremo que el fraile Mohameddu-Unilsilla, hombre de unos cincuenta años de edad, me llamó delante de todos y separándome un poco, me cogió la mano derecha y empezó á rezarme, abriéndola y haciendo la demostración por tres veces de escupirme en la palma, pasándole arena después (rezo que me costó á la vuelta media pieza de tela); también me despidieron la oficialidad y tripulantes del vapor Prompt, que procedente del sur de esta costa, donde había ido á realizar trabajos de salvamento de un crucero fran-

cés. el Jean Bart, se encontraba de paso en esta bahía.

Después de tanta despedida, á las doce y media del día, salimos todo el personal que vino con Mohamed-iejade ya descrito, el intérprete el Cheguef y toda la tripulación de la lancha del Gobierno, en la que efectuamos el viaje, compuesta del patrón y cuatro marineros, todos indígenas, en dirección al Continente, á donde llegamos á las dos de la tarde después de grandes rociones, pues había el fuerte viento aquí reinante en estos tiempos, con marea en contra y viendo arrojar á los moros, los que en su mayoría, era la primera vez que se embarcaban.

Desembarcado todo el personal en la costa del Continente por la parte conocida por Juici-Eiza, operación que tuvo que realizarse á hombros de los tripulantes de la lancha, debido á que, por efecto de la baja marea, no pudo aquella acercarse á la orilla; procediose inmediatamente á descargar los obsequios que llevaba, en cuyas operaciones invertimos menos tiempo del que pudiera suponerse, porque, apesar del mucho cargamento que llevábamos, la embarcación solo distaba de tierra unos metros, así es, que á los breves momentos ya estaba en condiciones de regresar al punto de partida.

Una vez colocada la carga lo mejor posible, dieron comienzo á sus rezos, porque es de

notar, y este es uno de los rasgos más salientes de este pueblo, que por muchas que sean sus ocupaciones, éstas nunca son obstáculos ni motivos para que dejen de cumplir con sus deberes religiosos, y el Sahariano como buen árabe, tanto en paz como en guerra, en la ociosidad como, en el trabajo, en su casa ó de viaje, nunca deja de volver el rostro hacia el oriente en busca de la divina inspiración.... Pueblo esencialmente religioso, su culto le absorbe gran parte de su existencia, y desde el imberbe adolescente hasta el anciano más anciano, no dejan de hincar su cabeza en tierra las cinco veces al día que son de ritual y que se conoce con los nombres siguientes: Oselaj al amanecer, Adajar á la una del día, Leaszar hacia las cuatro de la tarde, el Mogreb, á la puesta del sol y por último el Ache al momento de acostarse. Estas oraciones son todas iguales y consisten en ponerse de pie, dando cara al Oriente, pronunciar algunas palabras entredientes, sentarse y con las manos de planotocaren tierra besándolas y pasándolas repetidas veces por los antebrazos y cara, como si se lavasen, seguir hablando en la misma forma é hincar dos veces la cara en la arena hasta tocar en ella con la nariz; vuelta á ponerse de pie y otra vez á sentarse, continuando la misma operación, que en total hacen cuatro sentadas con ocho contactos de la cara con la arena.

Cumplidas sus prácticas religiosas, salió el

moro Chujr á hacer un recorrido de observación por las inmediaciones, reconocimiento que duró unos tres cuartos de hora, cuyo tiempo se aprovechó en la instalación de un jaimé que trata Ahamed Bebe. La arquitectura de estas viviendas, único sistema de habitación que conocen, es de lo más rudimentario que puede imaginarse, consistiendo en un trozo de lienzo, (que suele ser tela confeccionada con pelo de camello) dos estacas grandes y dos pequeñas y algunas cuerdas y piquetes de hierro y madera. Lo arman y desarman con suma facilidad, pues no hacen más que colocar en pie las dos estacas grandes, separadas por una distancia aproximada á un metro y unirlas por la parte superior con lo que limitan un ángulo abierto hacia abajo y en cuyo vértice colocan una especie de almohadillado, hecho también con pelo de camello que impide el deslizamiento de las estacas y que va unido á una faja multicolor, de unos 80 centímetros de largo, por 25 de ancho, provista en sus extremos de una multitud de cuerdas, también hechas de lo mismo, que unas veces dejan colgantes y otras contribuyen á asegurar el único punto de apoyo que tiene el jaimé. Sobre esta almohadilla, fijan la tela por su centro y por medio de sus correspondientes vientos la fijan á unos piquetes colocados alrededor, contribuyendo á afianzarla más, una espesa capa de arena que colocan en toda la peri-

feria, dejando libre solamente el trozo que ha de ser la puerta, la cual forman con las dos estacas restantes, más pequeñas, colocadas en los extremos de dicho trozo.

El jaimé dispuesto, nos acondicionamos todos en él, para guarecernos de los rayos del Sol, pues aunque corría bastante aire, esto no era óbice para que el calor que en esta costa se sentía, fuese bastante grande y más á fines de Junio; no sucediendo así en la península de Río de Oro, donde es muy raro sentirlo. Comenzamos entonces á hablar de diferentes asuntos, relacionados todos con la vida de ellos y la nuestra, por espacio de hora y media, mientras uno de ellos se dedicaba á hacer el té, que toman cerrando un corro á un lado y otro del encargado de repartirlo, que siempre lo hace con una seriedad digna de función menos vulgar, pues éste, ni habla, y no hace mas que partir el azúcar ó ir echando la bebida en los vasos á medida que los demás beben, á pequeños sorbos, ruidosos, sibilantes, así como si la aspiraran en vez de glutiirla.

El número de vasos á beber, es por lo menos de tres por persona como minimum, pudiendo ser de 4, 5 y más según las existencias, debiendo significar que el que lo hace y distribuye, no consiente que nadie lo cate sin él antes haberlo probado. Terminado de tomarlo, se fueron quedando dormidos todos menos yo, pues

no acostumbro á dormir siestas, y en el tiempo que llevo de Gobernador, sólo duermo desde las 7 ú 8 de la noche, hasta las 2 y media de la madrugada, hora en que me levanto para entrar de cuarto y así ayudar al Oficial y Sargento en el servicio de noche. Encargué á Laceny y El-Cheguef, que me cogieran almejillos y burgados, que me cocieron en la cafetera del té antes de acostarme y como no tenia otra comida, acompañados de galleta me supieron á Gloria.

A las siete y media, me quedé dormido, dejando á los moros (que ya habian despertado) hablando hasta las tres y media, hora en que desperté, habiendo dormido más de lo regular, debido al cansancio del día anterior, pero sin atreverme á salir del jaimé, por la humedad que sentia, y por no ser tampoco del agrado de ellos, siguiendo acostado sobre el suelo cubierto de arena y abrigado con mi manta.

Pude observar había un moro siempre despierto y que alternaban en este servicio.

A eso de las cuatro de la madrugada, empezaron á despertar y todos reunidos hicieron la oración del amanecer, procediendo Mohamed á encender el fuego y hacer el té, que tomamos á las cinco menos diez. Hay que significar que desde el té del día anterior á éste, no habían probado los moros absolutamente nada. El agua que usamos para ambos era dul-

ce, por haberles llenado un *girbe* antes de la salida, que si bien sabía bastante á alquitrán por haber contenido esta substancia anteriormente, se hizo con ella y no con la de mi garrafón, por consejo de ellos mismos, que me dijeron la conservase lo mas posible, pues al internarme, sentiría un gran calor y me haría mucha falta. Omito describir como hacen la limpieza de la cafetera, vasos, partir la azúcar y demás por ser lo mas asqueroso que imaginación alguna puede concebir.

Mientras toman el té tienen por costumbre discutir los hechos recientes de barbarie cometidos por determinados individuos de las distintas kábilas, llegando á levantar la voz á todo lo que dá el pulmón y el que no los conozca, aseguraria se van á las manos, pero nada de eso, pués cuando parecen estar mas furiosos, se quedan en silencio y uno en voz muy baja, sigue la conversación volviendo á los pocos momentos á lo anterior etc. Hasta que terminan no paran de hablar un momento, siempre sentados ó echados y con mucha frecuencia despiojándose unos á otros, operación en que se quedan profundamente dormidos, pero tan prevenidos siempre, que al mas insignificante ruido están dispuestos para todo. Me preguntaron varias veces como me encontraba, así como también me rogaban les dispensara por sus discusiones.

Al dormir me hicieron también observar la costumbre de ellos, que es poner la cabeza casi á la puerta de la tienda.

No quiero detallar la atmósfera y demás que había dentro del jaimé, cuya superficie sería unos tres metros y contenía dentro tantos hombres, y por añadidura *moros*. Al día siguiente empecé á cogirme algunos parásitos (*pediculus humanus*) y Dios ha querido que no cogiera tiña y sarna muy común entre ellos.

No soltaron de la mano sus fusiles, y digo fusiles, por que los eran sistema Chassepot, los cuales me dijeron adquirían en el Senegal, vendidos por los franceses á un precio que fluctuaba de treinta á cuarenta duros.

Estos no suelen traerlos consigo al presentarse en este Gobierno, por temor de que se les quite y lo esconden en los arenales. Sobre la forma de limpiarlos, lo que hicieron momentos antes de emprender la marcha, hubo de llamarme la atención un detalle que me causó risa, sin dejar de darle el mérito que tiene por la barbarie en que viven y los pocos elementos con que cuentan: después de desarmar el cerrojo, vi que sacó uno un hueso, que á la vista estaba seco; cogió una piedra, lo rompió y extrajo el tuétano pasándoselo á todas las piezas, que quedaron bien engrasadas y armándolo nuevamente. El hueso me dijeron era de gacela y ya de 6 ú 8 días. Me mareaban haciéndome preguntas

sobre cual fusil era mejor, así como enseñándome repetidas veces los cartuchos, algunos ya usados y cargados nuevamente por ellos, incluso el fulminante; á estos les encontré el defecto de estar la bala algo floja, pero nada les dije. La tarde de mi llegada, no me preocupé en fijarme en el sitio que estaba, al objeto de estudiarlo, porque ya lo conocía de otras expediciones, así como el resto de costa del Continente que limita la Bahía de Río de Oro.

A las 6 de la mañana llegaron los 14 camellos, mejor dicho, dromedarios, que habían salido de la Colonia el día antes y aproximadamente á la misma hora, jornada que es de unos 66 kilómetros, diciéndome que la habían hecho despacio, por no cansar los animales, toda vez que tenían que continuar la marcha con la impedimenta que yo llevaba; los condujeron 6 moros de Oulad-Delim y 3 negros esclavos de Oulad Bsba. Se procedió á cargarlos y á mi me montaron en el mejor de todos propiedad de Esman, prefiriendo ir entre 2 sacos de arroz á la silla que ellos usan, por ser estas muy molestas para el que no está acostumbrado y doblemente para mi por mis dos recientes operaciones quirúrgicas, descritas ultimamente en uno de los números de «La Revista de Sanidad Militar». Pendiente de la nariz del camello colgaba una correa que llevaba de la mano un moro á pie, cosa que yo no quería, pero me indi-

caron lo aceptase así, hasta entrar en la llanura. A las siete y media de la mañana, emprendimos la marcha hacia el Este, subiendo por un camino en pendiente, cruzando barrancos, mesetas, colinas y mogotes en forma escalonada, entrando á las dos horas y cuarto en una gran planicie. ¡Triste panorama para aquel al que por primera vez se le presenta á la vista, pero no para mí que llevo tres años y medio por estos solitarios lugares, y que ya le encuentro como los moros algo de encanto!

A estas alturas ya se habían unido á nosotros mas de 80 moros, pues perdi la cuenta á los 65; de donde salían, no lo sé, pues casi me apercibía al tenerlos encima; los que me conocían me saludaban con demostraciones de afecto, los que nó, con extrañeza, saludándose unos á otros en una forma que resulta una verdadera jaqueca, pues no hay cosa por pequeña que sea de su propiedad y familiares por la que no pregunten.

Una vez andado unos 2 kilómetros, nos salió, al encuentro el moro Mohame Faddel, que habla algo de español, frecuenta la Factoría y siempre que se le presenta ocasión, está por los pailebots de pesca, tratando con los canarios los cuales le conocen mucho, como yo también. Dicho moro llamó separadamente á Ezman y estuvieron conversando por espacio de 20 minutos, operación que hizo, aunque mas breve-

mente, con los demás que habían salido de la Colonia, y por último llegó á mí, dándome la mano y saludándome con demostraciones de cariño y diciéndome: «tú, Capitán nuestro, todos los moros, animales y tierra, tuyo, tú mandas, pero te quiero mucho y no te conviene seguir por el mucho calor y la mala agua que hay», acabando por decirme: vete á mijaimé que está cerca, descansas en él los días que quieras y después te marchas al Fuerte; pero como encontró en mí la negativa con semblante y palabras no muy agradables, se despidió y ya no le volví á ver hasta el día siguiente.

Laceny y El-Cheguef que no se separaban de mi lado, me miraron mientras habló, entendiéndonos perfectamente de que no iríamos á las Kábilas ofrecidas; noté enseguida la variación de rumbo, es decir hacia el Sur, aproximándonos á la costa.

Vino Ezman á verme y preguntarme si iba bien, contestándole que sí y que por mí no se preocupara de nada, que mientras mas penalidades y fatigas pasáramos por motivo del viaje, me causarían mas gusto, pues estaba acostumbrado á todo y que ya verían haría yo exactamente todo lo que ellos.

Al preguntarle, el porque de la variación de rumbo, me dijo era con el fin de que viera unos jaimes pertenecientes á la Kábila de Tidirarin, de la cual es jefe Mojame Mesquif, que

iba con nosotros y le había dicho deseaba me conocieran. Siguieron agregándose moros, y celebrando nuevos conciliábulos; en una palabra que se veía bien claro que traían recados de los del Interior á Ezman para que no me llevara al núcleo de las Kábilas ofrecidas, y éste, aunque nada me decía, se conocía lo contrariado que estaba. A las horas de sus oraciones bajaban unos del camello para hacerlas y luego otros, continuando muy despacio dando rodeos y haciendo con intervalos paradas como para cansarme, hasta que llegamos á las 2 y minutos á un aduar compuesto de unos 12 jaimes, que fueron los que me indicó Ezman.

Calculo andaríamos hacia el Centro, en dirección S. E. unos 50 kilómetros. Una vez en tierra yo y mis acompañantes, como también la caiga, nos quedamos sentados sobre la arena y como á unos 12 metros de los jaimes, me nos uno que avanzó como á pedir alojamiento; este fué Mojame Mesquif. El jaimo elegido lo limpiaron las mujeres desocupándolo del todo. Después de estar listo, operación que tardó unos 35 minutos, vino á buscarnos y pasamos á él.

Gran sorpresa me causó ver, que, sobre el piso de arena había una alfombra como de unos tres metros y medio de largo por dos de ancho, de lana color encarnado, con adornos y en bastante buen uso, resaltando mas el color por la obscuridad del jaimo, suciedad de los

huéspedes y acompañantes y objetos de alrededor. Estas alfombras las traen de Marruecos, donde me dijeron son confeccionadas; me senté casi en el medio de ella, sitio que me marcaron como señal de respeto, rodeándome todos, algunos fuera por no haber, como también los que venían á verme, que fueron muchísimos. Las familias de quiénes yo era huésped vinieron también á saludarme; algunas de ellas, conocidas por haber vivido en Río de Oro, me preguntaban por el viaje y demás, é hicieron el té que tomé con galleta.

Como á las tres horas de mi llegada, se presentó Mojame mojamu tío y cuñado de Ezman saludándome con mucha risa y alegría, al parecer, llamando después á Ezman fuera del jaime y hablando con él, mas de una hora, luego con Lacey y el Cheguf y al poco rato conmigo, diciéndome después de muchos rodeos, que no podía ir al núcleo de la Kábila de Oulad-Delim por estar muy distante, por el mucho calor y además ser el agua muy mala y otras excusas por el estilo. Contestele, unas veces con seriedad y mal tono y otras con alguna sonrisa, que yo no debía de haber salido con ellos por conocerles ya y saber la informalidad con que procedían en todos sus tratos, que nada les había pedido para que me engañaran de esa manera, que en mí jamás habían visto la menor doblez y falta de palabra en mis pro-

mesas; que por otro lado tampoco me lo permitiría mi nación, pues todo cuanto hago en bien de ellos no es nada mas que obedeciendo órdenes del Gobierno etc.

Nuevamente en el jaimé y aprovechándome de la gran reunión que se había formado, en su mayoría ancianos, tomé la palabra y con las mejores formas les hice infinitas reflexiones sobre el obrar bien con los seres humanos, les hice resaltar todos los favores que son en deber á España, les expliqué las razones que se dan en Melilla y Ceuta y demás, que no podían ser mas musulmanes que su Sultán, la amistad y trato de éste con los cristianos, mostrándoles un grabado con su retrato acompañado de dos generales Europeos, cuyo grabado lo trae uno de los números del periódico ilustrado «Nuevo Mundo», que conservaba para una ocasión como la presente y para sacarle el mejor partido como así ha sucedido; además les dije que los médicos del Sultán y de sus ministros eran Europeos, les hablé del Roghi, el cual tenía un jefe de estado mayor Europeo, les hablé también de Tánger, Casa Blanca, Mogador, Larache etc. hasta que materialmente me cansé; á todo me daban la razón y constantemente decían «jag» que quiere decir verdad. Dicho número del «Nuevo Mundo» me lo pidieron, á lo que accedí, y se marcharon locos de contento con él; este les ha causado gran impresión. Sali del jai-

me á dar una vuelta por el cansancio que sentía del camello y por el mucho tiempo de estar en la alfombra sentado; pude observar se formaron muchos grupos que no cesaban de hablar.

Al volver al jaime se me acercó Ezman con Laceny y el gran Cheguef para manifestarme sentía mucho lo ocurrido, pero que no tenía la culpa y que quizás llegaríamos á ir á los sitios ofrecidos, por lo muy contentos que quedaron todos de todo cuanto les hablé y que habían salido á contárselo á las Kábilas y en particular á los jefes.

A la caída de la tarde al traer el ganado, cogieron una oveja delante del jaime donde estaba y á mi vista la mataron, llevándosela después para desollarla. Es notable la manera como realizan este acto y la forma y ceremonial con que la comen. Colocan el animal con la cara dirigida al Oriente, empuña el matari-fe la gumia y pronunciando la frase sacramental «Alaju Aka-bar» de un tajo le secciona el cuello, no practicando los Shaharianos otro medio de sacrificar el ganado, pues la puntilla les es desconocida. Acto continuo comienzan á desollarla y después de partida en pedazos, la ponen á asar, abriendo un agujero en la arena, donde hacen el fuego, echando en él, el higado, corazón, pulmones y demás menudencias, las cuales después de bien chamuscadas por el exte-

rior y algo crudas por el centro, las quitan y parten en pedazos, tan pequeños que los pueden introducir enteros en la boca. Antes de esto ya han hecho tiras de toda la parte grasienta, sebo y demás, cortándolas del tamaño suficiente para cubrir á aquellas con una sola vuelta, hecho lo cual, las ensartan en la baqueta del fusil, pasándolas después dos ó tres veces por el fuego hasta derretir algo el sebo, cogiendo uno acto seguido la baqueta y pasándola sucesivamente por delante de los demás para que cada uno vaya sacando un pedazo haciéndolo él el último y repitiendo la operación hasta comer lo que resta. La carne propiamente tal, después de un asado insuficiente, la ponen, bien sobre un cuero ó en unas bateas de madera que ellos usan y de las que se sirven á manera de fuentes y comienzan á desmenuzarla con las manos y gumiás y á comerla introduciendo cada uno sus dedos en el mismo plato y tirando en el mismo, los huesos y demás despojos; después se limpian las manos en la cara, cabeza, piernas etc. en fin, que toda esta operación es una solemne porquería, la que completan con una batea llena de leche de camello ó de arroz sumamente blando con la leche citada. Esto también, como todo, lo comen con las manos y sin la intervención del agua para nada. Yo no tuve otro remedio que participar de esta suciedad, porque le habían dicho á Ezman haría lo

que ellos; eso sí, comprendieron lo que estaba sufriendo y cuando les pedi un vaso de leche de camello, que es bastante ácida y que en mi vida la había tomado, de oveja ó cabra, me complacieron, pero había que ver el cacharro en que venía.

La comida se terminó á las diez de la noche quedándonos dormidos, pegados los unos á los otros.

A la mañana siguiente llegó Mojamed-Faddel y otros muchos mas, celebrando nuevos conciliábulos con Mojame-Mojamu y demás acompañantes, conferenciando por último conmigo. A las siete se marcharon Mohamed Bebe, Mohamed Kali y Mohamed Mesquif para la Kábila de Oulad-Delim y Oulad-Bsba respectivamente con los regalos que para ellos traía, no sin hacerles ver antes de partir, que ellos no cumplían la invitación que me hicieron, y yo sin embargo les enviaba los regalos que para dichas Kábilas había sacado. Tres cuartos de hora después emprendimos la marcha acompañados de Mojame-Mojamu, Mohamed-Faddel y otros, con dirección al Norte en busca de la Kábila de Izarguiyin, de algunos jaimes de Oulad-Delim y de Oulad Tidrarin, última invitación de Mojame-Mojamu, llegando, después de grandes rodeos y hacer varias paradas á los últimos citados á la una de la tarde.

Este aduar se componía de nueve jaimes y

en él nos quedamos hasta el día siguiente, que salimos á las 6 de la mañana con rumbo noroeste, haciendo alto á las nueve de la misma en Un-Uerx donde mataron una cabra y comimos, pues desde el día anterior solo habíamos tomado té. A las 11 y media salíamos nuevamente hacia el Norte, llegando á la una de la tarde á otro aduar compuesto de 15 jaimes de Oulad-Lejeligue, visitando el jaimé del moro Day el cual se portó muy bien; mandó matar deseguida un carnero; llamó la familia para que me saludaran y las mujeres se pusieron á tocar el tambor y á bailar; el tambor lo forman de una semiesfera de madera, á la cual adaptan poniéndola muy tensa, una piel de cabra y la encargada de tocarlo, empuña los palillos sentándose las demás á su alrededor, incluso la bailadora, hasta cerrar por completo un círculo tan cerrado, que materialmente resultan comprimidas unas contra otras, sin que por eso se estorben en sus movimientos que se reducen á un palmoteo rutinario y monótono que acompaña al canto no menos monótono con que todas hacen coro á la que baila, juego que se resume en una serie de delicados movimientos hechos con los brazos, cabeza y tronco y que quieren semejar hechos de la vida diaria como vestirse, peinarse, etc. y que empezando con mucha suavidad aumentan progresivamente en medio de la frenética locura del coro, que exal-

tándose cada vez mas y soltando de vez en cuando estridentes y agudísimos sonidos laríngeos entrecortados por una rapidísima vibración de la lengua, llegan casi á terminar en el agotamiento.

En este jaine me pusieron alfombra como la anteriormente citada y me convidaron además á té y leche de oveja, marchándonos á las cinco y 3 cuartos en dirección al Sur, llegando á las siete de la tarde á otro aduar de 6 jaines de los que ocupamos el de Jarira, mora que ha vivido en Rio de Oro; tambien hubo baile y tambor, saliendo de seguida el moro Mojame á toda carrera de camello para hacer las dos hogueras en el sitio de desembarco, señal convenida con el fuerte para salir la lancha á mi encuentro.

Al dia siguiente á las cinco y tres cuartos de la mañana emprendimos la marcha, llegando á Juisi-ciza á las 8, embarcando los moros que salieron conmigo de la Colonia, Mojame Mojamu, Mojamed-Faddel y Dey, llegando á Villa Cisneros á las nueve y media de la mañana.

Como se vé tampoco cumplieron la palabra que me habia dado Mojame-Mojamu de llevarme á la kábila de Izarguiyin, cosa que les hice ver en el Continente antes de mi embarque, así como otros defectos de ellos, pero con energia; esto lejos de desagradarles les gusta y

decían: tú, más Capitán en el Interior que en el Fuerte.

Es verdad que conozco el modo de ser de ellos desde los sucesos de Melilla, adonde fui voluntariamente desde la Habana (Isla de Cuba) donde me encontraba. Enseguida que llegué á Villa Cisneros, me hice cargo del Gobierno y Destacamento y después de dejar hablar á Mojamed-iejadé, El Buen y Mohamed-Selem con Mojame-Mojamu, Ezman, Mohamed-Faddel y demás, les llamé demostrándoles mi gran disgusto por la falta de cumplimiento á lo que me prometieron y molestias que me habían causado en lo que no les había pedido. Todos en verdad parecían estar muy contrariados, echándole la culpa á Ezman, por ser muy joven y dejarse llevar por los demás.

Mohamed-iejadé me dijo que le parecía increíble, por lo que le había dicho Mojame-Mojamu, hubieran dejado de cumplir su palabra, dado mi comportamiento en todos los sitios á que me habían llevado y muy particularmente por la gran conferencia que sostuve con ellos y el grabado con el retrato del Sultán que les enseñé y regalé, suplicándome que aún no formase mal juicio y esperase 2 ó 3 días que estaría aquí conmigo, tiempo en que suponía vendrían recados de algunos jefes del Interior, pues él en realidad, no había contado con anticipación con ellos sobre mi viaje, y asegu-

rándome que había de conseguir lo que quisiera, aún de los más fanáticos, pues sabía engañarles con mucha broma, que es lo que á ellos les gusta.

Toda la jornada la he hecho en camello, ofreciéndome un caballo, que no acepté, por motivo de serme más molesto. Quisieron hacerme regalos en todos los aduares y Kábilas que visité, consistentes en camellos, caballos, carneros y burros, que sin que lo tomasen á desaire me negué á aceptar.

Una de las cosas que más les ha llamado la atención, ha sido mi reloj de repetición, que constantemente me hacían les enseñase y explicase, aprovechando yo estos momentos para con el mayor disimulo, al mismo tiempo que veía la hora, introducía en diferentes bolsillos un determinado número de pequeñas piedrecitas, que me recordáran la hora que había parado en cada punto.

FIN DE LA PRIMERA EXPEDICIÓN

SEGUNDA EXPEDICIÓN

Gran sorpresa me causó el día de mi llegada, cuando á eso de las cinco de la tarde me avisaron deseaban hablarme, el moro Sches, jefe de Oulad-Lejoligue y otros importantes de ésta y de Oulad-Ludiquet, para invitarme á que fuese á visitarles. Acto seguido les hice venir á mi despacho, conferenciando detenidamente con ellos, Mohamed-iejadé y otros, manifestándome venían expresamente á que fuéese á visitar sus Kábilas, y que su deseo era, hacer la salida al día siguiente, pues con gran gusto me esperaban, propeniéndome eligiese yo, quienes y cuantos se quedarían en el Fuerte hasta mi llegada; diciéndome también que habían ido á buscarme, pero no pudieron darme alcance y que me traían de regalo una yegua, rogándome la aceptáse, porque me serviría para hacer el viaje con más comodidad, pues en camello me sería molesto despues del que había realizado; me explicaron el magnífico resultado de todo cuanto les dije, sus deseos de cumplir la palabra que me dieron Mohamed-iejadé é hijos de Hamuiyen, etc.; contestándoles yo con algunas evasivas superficiales, fundándome en que me volverían á hacer lo

que anteriormente; contestando todos á una, que no; y creyendo nuevamente de mi deber, prescindiendo de mi estado de cansancio y debilidad, aceptar razgos tan laudables é imposibles de creer, sin verlos, en éstos séres que solo abrigan la mala idea en su punto mas refinado, acordamos en emprender la marcha al dia siguiente 4, quedándose en el Fuerte Ali, Mojame-Mojamu y Ali Umbark.

En la Mañana del citado dia, muy temprano, vinieron á suplicarme, aplazase el viaje otro dia, asi como á informarme, que en lugar de Ali se quedaria su hermano sidi Ahamed, en lo que no tuve inconveniente en complacerles, pues conocia la importancia de todos ellos; celebrando entre tanto y en espera de la partida, nuevas conferencias que darán buenos resultados para esta Colonia ó mejor dicho, para el aumento de transacciones con la Factoria, si es que cumplen sus promesas.

En la misma forma que en la expedición anterior, embarcamos en el muelle á la 1 de la tarde del dia 5, desembarcando á las dos y media en la parte del Continente llamada Arguit, donde ya se encontraban unos 30 camellos con sus ginetes, más los de los que me acompañaban.

Después de reponerse algo del Mareo que tenían, y momentos antes de emprender la marcha, se presentó montado á caballo, acompañado de 3 ginetes á camello, Mohamed Bebe, jefe de Oulad-Baamar, el que me saludó, llamando aparte á los hijos de Hamuiyen, Alí y demás, y después de una entrevista como de una media hora, se marchó, sin yo hacerle caso, pues no me agradó su frialdad para conmigo, al extremo que me lo conocieron El-Buen y Mohamed-iejadó, que me dijeron que no me preocupara, pues él, tenía que estar conforme con lo que hicieran los demás.

A las 4 emprendimos la marcha, llegando á los breves momentos al camino por el cual pasamos en la primera jornada de la expedición anterior, llegando á las seis y media de la tarde, al aduar citado primeramente en la página 32 de la primera expedición, y después de alojados en el jaimé de Mojamu, se procedió á hacer té y á matar una oveja.

Serían las 5 de la mañana del día siguiente, 6, cuando continuamos la marcha hacia el Este, atravesando Tinniguir hasta eso de las 11 de la misma, que llegamos á Tiskin, descansando próximamente una hora que aprovechamos también en hacer té. Después pasamos por el aduar descrito en la página 33 de la primera expedición, en el cual no nos detuvimos por ya conocerle, pero al preguntar las causas del

cambio de residencia, me indicaron era en busca de pastos para los animales. Sobre las 6 llegamos á Arguerguer sitio montañoso donde había un aduar compuesto de 15 jaimes, acampando en él. Entre las familias conocidas mías, había una que vino expresamente á Rio de Oro á curar un niño, como de 12 años de edad, llamado Abdallaji, que traía el femur del muslo derecho completamente roto de un balazo, que le dieron después de matar á su padre, por robarle los camellos que estaba cuidando, y que debido á los solícitos cuidados del entonces Médico del Destacamento, D. Gaspar Araujo, por espacio de unos 5 meses, pudo quedar completamente curado. En estos jaimes, me enseñaron una niña como de 3 años llamada Muiebije, que tenía un dedo supernumerario en cada mano, fenómeno al cual daban caracteres de acto sobrenatural y milagroso y que, para no torcer los supremos destinos, ya habían acordado, aquella niña, forzosamente tendría que ser fraila.

Poco antes de obscurecer, me llevó Mohamed-iejadé á una montaña muy próxima y como de unos 100 metros de elevación; subimos á su cúspide, desde donde se divisaban inmensas llanuras, y desde ellas me estuvo indicando la dirección de otras Kábilas distantes.

A las 5 de la mañana del día siguiente 7, salimos, entrando á los pocos momentos en

Imililie, y después de 2 horas de camino encontramos unos 20 camellos que iban cargados con jaimes, hombres, mujeres y niños, y de éstos, muchos también á pié; algunos me conocían, causándoles alegría, mientras otros, manifestaban su sorpresa, porque decían era la primera vez que veían á un cristiano. Entablamos conversaciones alegres, al extremo, que una mora que trabajó en Factoría, me dió su niño de pecho para que se lo llevase en mis brazos; otros querían en tono de guasa subirme al camello; moras jóvenes y viejas, indudablemente veían claro que les esperaba de mi parte obsequios, como así hice, y al preguntarles de qué Kábila eran y motivos del viaje, me dijeron pertenecían á la de Oulad-Tidrarín é iban en busca de sitio donde hubiese pasto para los animales.

También me enseñaron en Imililie un lugar donde hay muchos moros enterrados, de resultas de un encuentro estando en guerra Oulad-Delim y Oulad Bsba.

Pasamos después como á unos 300 metros de distancia, por frente de un pozo en el que me decían había agua dulce, y alrededor del cual, habría como unos 100 camellos con sus correspondientes ginetes de distintos sexos y edades, extrayendo agua; excusado es decir, les indiqué mi deseo de verlo, á lo que, con excusas de buen tono, me dijeron lo haríamos á

la vuelta, pero, como no estaba satisfecho, por no haber saciado mi curiosidad, y aunque sabía de seguro, no había tal agua dulce, me fui quedando rezagado en unión de Laceny y el Cheguef, con Mohamed-iejadé, á ver si mientras tanto se incorporaba algunos de los del Pozo, con agua, cosa que resultó y pretestando entonces de gran sed, ó ir la mía muy delante, pedí á Mohamed-iejadé, en términos que no me pudo decir que no, dijese al moro que la llevaba, me dejase solo mojar los labios, cosa en la que, aún que no muy de su agrado, consintió. Ojalá no lo hubiese hecho, pues era un agua completamente sucia, muy salobre y de muy mal olor. Pude enterarme que á dicho pozo van de uno y dos días de jornada.

Como á las 11 del día descansamos en la parte de terreno llamada Atouf y tomamos té, saliendo á las 2 para Teerte, residencia de Hamuiyen y núcleo de Oulad-Ludiquert, compuesto de unos trescientos cincuenta jaimes, adonde llegamos á las siete proximamente.

Durante el trayecto, se nos iba uniendo muchos moros, pero el número considerable, fué desde Atouf, hasta la casa de Hamuiyen, creyendo quedarme corto, si digo que la caravana constaba de mas de 500 personas.

¡Cuánto siento no tener dotes para poder describir esta escena, que era grandiosa por su originalidad en todos sentidos!; ¡los unos me sa-

ludaban dándome la bienvenida, los otros muy azorados, decían Nezarany, que quiere decir cristiano; en su mayoría me decían «bono» (bueno), algunos, entredientes murmuraban maldiciones contra mí y contra toda mi familia. A los breves momentos, pasé al jaimé de Hamuiyen, que estaba alfombrado, llegando éste enseguida y dándome mil disculpas por su ausencia, pero que estaba á poca distancia con una gran reunión, tratando de mi visita y suponía me habrían atendido sus hijos; sentóse á mi lado, y alrededor de nosotros, muchísimos mas, casi todos fuera del jaimé por no caber dentro, y después de preguntarme por el viaje y si estaba completamente restablecido de mis dos operaciones, me llamó aparte y me dijo por intermedio de Laceny: «Gobernador, hemos tenido los dos un gran atrevimiento, dada nuestra distinta religión y costumbres; desde las conferencias que les diste acompañada del retrato del Sultán, no he parado un momento en convencerles para traerte aquí, mañana hablaremos mucho y no tengas cuidado de nada»; á esto último le contesté con risas y demostrando gran frialdad é indiferencia como le hacia siempre á todos los que de lo mismo me hablaban, diciéndole, que porqué habia de tener cuidado, que al revés, sentía un grandísimo gusto por encontrarme entre ellos, porque veía que Alá (Dios), les iluminó, y así me conocerían y

tratarían, los que nunca habían ido á Río de Oro, y se convencerían de lo buena que es para con ellos, España, á la cual represento y por orden de cuyo Gobierno, hago todos los beneficios que ellos han visto.

Después de esto, pasamos otra vez al jaimé á tomar un poco de leche de cabra, lo cual terminado, me tendí sobre la alfombra por el gran cansancio que traía de resultas del camello y del intenso calor; cansancio y estropeo que trataba de disimular, pero que á ellos no les pasaba desapercibido, al ver mi color de un rojo obscuro muy subido y la gran descamación que sufría la piel de mi cara.

Como á las nueve y media de la noche, trajeron una gran batea de carne y otra de arroz, con leche de camello, de las cuales hice como que comía, quedándonos en su mayoría dormidos dos horas después.

A las seis de la mañana, del día 8, desperté, habiéndolo ya hecho con anterioridad mis vecinos, y después de saludarnos, etc. procedimos á tomar el desayuno, viniendo después á verme los padres de Sidi-Ahamed y familia de Mojaune-Mojamu, preguntándome todos por ellos con lágrimas en los ojos y rogándome los primeros, que cuanto antes fuese á su Kábila, donde me esperaban todos y tenían el jaimé de su hijo preparado. Omito describir las cariñosas frases con que les recibí, inspirándoles gran

confianza y seguridades en todos sentidos, retirándose después y diciéndome no irían á sus jaimes sin hacerlo en mi compañía.

Sería interminable si describiese también las conferencias que celebré, todas ellas encaminadas á estrechar los lazos de amistad y á fomentar el tráfico comercial con la Factoría. También me es imposible citar los miles de nombres de los moros de ambos sexos y edades que venían á conocerme y saludarme, que nunca creí pudiera existir la masa humana que hay en lo poco que he visto.

Todos los hombres desde 14 años para arriba, es muy raro verlos sin escopeta, mejor ó peor, según su posición, que jamás sueltan de la mano cuando están fuera de su Kábila, á escepción de los frailes, que van desarmados, salvo en casos de guerra, en que, además de rezar, si llega la ocasión, toman las armas. Constantemente me las enseñaban para que les dijera cual era mejor, ocurriendo lo mismo con las mujeres encuan to se reunían mas de una, preguntándome cual era mas bonita, pregunta á la cual yo, como ya les conozco, procuraba contestar dejando á todas contentas.

Estando tomando el té, vino Mohamed-iejadé á decirme pasara cuando quisiera á su jaimé. distante del que yo me encontraba, unos 500 metros y el cual formaba parte de un aduar de la Kábila Oulad-Bsba, compuesto de unos

docientos cincuenta jaimes y allí nos dirigimos acompañados de Hamuiyen y otros, regresando al mío, á las 3 de la tarde y saliendo poco después para Oulad-Lejeligue, acompañado del jefe de esta, los padres de Sidi-Ahamed y muchos más, pertenecientes á ella, no sin dejar de notar se quedaron Hamuiyen, Mohamed-iejadé y demás, como acto de política y confianza á los de Oulad-Lejeligue, donde llegamos á las 6 y media de la tarde.

Este aduar, ha sido el mayor de los que he visto, pues seguramente constaría de mas de 500 jaimes y el recibimiento que en el obtuve, fué igual al de mi llegada á casa de Hamuiyen, sólo algunas mas atenciones por parte de los padres de Sidi-Ahamed, en colocarme en el jaimé, además de la alfombra una cubierta de cretona para que no cayese polvo de ninguna clase, obsequiándome con té, carne de oveja, arroz, leche etc.

Por la noche celebré una gran conferencia con muchos de ellos, entre los que se encontraba El-Bekey, el que manifestó que Bebe-Ahamed, uno de los principales de la Kábila de Izarguiyin, habia escrito dos cartas, una al Cnuj Melainin y otra al jefe de la Factoría de Tarfaya, perteneciente al Sultán, lamentándose en ambas, de que Hamuiyen y Mohamed-iejadé no hubieran llevado á ver sus Kábilas, asunto al que no le di gran importancia, pues

tenía la seguridad que era una componenda para futuros acontecimientos, toda vez que á dicha Kábila, tanto yo, como la Factoría la distinguimos mucho y le hacemos grandes regalos por el mucho comercio que traen y porque en su mayoría y en lo que cabe dentro de lo que con ellos, es una de las mas buenas y trabajadoras.

A las 5 de la mañana del día 9, me levanté, tomando á los breves momentos el té con galleta, pasando en compañía del Sches, Ali y otros á ver algunos jaimes, caballos y camellos, marchándonos nuevamente á mi alojamiento, donde me esperaban un gran número de moros de todos los contornos para saludarme y conocermé, los cuales hicieron algunos juegos de agilidad y destreza sobre el camello, explicándome como tiran sobre él, cuando están en guerra ó son sorprendidos con un robo, la forma de tirarse y hacer fuego desde tierra, etc. etc. ejercicio que también hicieron á caballo mientras las mujeres bailaban.

Entre los presentes, estaban allí, el fraile Abderrajamén, que fué otro de los que hicieron el viaje conmigo á Canarias y reside por temporadas en la Colonia, y dada nuestra antigua amistad, me atendió muchísimo y me regaló una piel de leopardo, el moro Mostaf, al que tuve preso en el Fuerte en el año 1904, poco tiempo después de mi llegada, por haber co-

metido su padre, Sidi-Ahamed Berrex un robo de gran importancia á la caravana que conducía á esta Colonia el llamado Aldeljay. Durante su prisión, di un plazo de 15 días para si no se recuperaba el robo, cortarle la cabeza, resolución que hubiera pensado después, pero que si creí oportuna divulgarla, para evitar los muchos robos que ocurrían y que venían en perjuicio de la Factoría. Antes de cumplir el plazo, me mandó á decir Sidi Ahamed Berrex, traía todo si perdonaba á ambos, cosa á que con gusto dije que si, y que cumplí al día siguiente, en que se presentó el mismo Sidi Ahamed Berrex con el producto del robo; nos hicimos amigos, trajo á su familia á residir aquí, pero se marchó á los pocos meses con ella, otra vez al Interior, volviendo á cometer otro robo de 2 camellos á hiriendo al que los cuidaba y matando después al moro Liman cuando venia de regreso de haber ido á acompañar á Aldeljay.

El haber recuperado este robo, cosa que nunca se había visto aquí, me dió gran importancia en el Interior, diciendo ellos: «ahora hay un Gobernador que hace justicia á los buenos y á los malos»; Dichos robos, como es natural, los hizo fuera de la vigilancia del Fuerte, en el Interior, cosa que entre ellos es muy general y completamente natural. Mostaf me estuvo hablando por mediación de Laceny, suplicándome

me perdonase á su padre, manifestando se encontraba por el Adrar, y que por eso no habia venido á pedírmelo en persona, pero que lo esperaba antes de mi marcha. Yo le contesté con monosílabos, dándole á entender, que una vez que me hablara él, ya vería lo que hacía. Padre é hijo son de Oulad-Delim, de la rama de Oulad-Teggedi y está reputado el primero por todas las Kábilas, por su gran valor y temeridad.

Como á las 4 de la tarde, salimos para casa de Hamuiyen, donde llegamos á eso de las siete, pasando antes por un aduar de unos 35 jaimes de Oulad Baamar, no diciendo nada de ir al núcleo de ésta, porque sé, que entre ellos es de buen efecto el darse importancia, y yo quería dármela por lo que me había ocurrido con el jefe de esta, Mohamed-Bebe; retiráronse el Sches, Ali y otros, pero quedándose su hermano Mojame, que lo es también de Sidi-Ahamed y que fué hasta mi llegada á la Colonia mi centinela de vista hasta la exageración, sin duda aconsejado por su padre, por creer evitaría que los demás intentasen cualquier fechoría.

Después de nuevos saludos y tomarnos el té, se comió. Dá tanto asco verlos comer y beber, que hasta ellos mismos se comocen y me decían «Capitán, nosotros comer y beber como camellos», comparación que me pareció tanto

mas justa, cuanto que estos pobres animales se pasan días sin hacer ni lo uno ni lo otro, cosa que también les ocurre muchas veces á los moros del desierto, llegando al extremo de comer la hierba, lo que hicieron delante de mí y entre grandes risas, diciéndome ellos mismos, que parecían cabras. Después de la comida y en mi obsequio se organizó una sección de canto á cargo de un moro muy acreditado de hacerlo bien, pero que al poco tiempo de acabar me hizo quedar dormido.

A las 6 de la mañana del día siguiente 10, y después de la infusión de rigor, tomada con galleta hecha casi polvo y con un *olor á moro* grandísimo, vinieron á saludarme Hamuiyen con Mohamed-iejadé, él Sches, Ali y muchos más; salimos del jaimé y sobre la arena les empezé á hablar, por mediación del intérprete, del disgusto que me había dado oír algunas frases que por lo bajo profirieron algunos en árabe, significando maldiciones para mí y mi familia, que eso era muy feo, que jamás lo habían visto en mí, ni en ningún Europeo de la colonia y sobre todo, que así no se recibían las visitas; contestando todos á una, que ellos no lo habían oído y que los que lo hicieron, fué por broma, pues es costumbre en ellos tener siempre en la boca esas frases, habiendo en esta segunda parte algo de verdad. También les dije que los hombres como ellos, deben obrar siem-

pre y en todas ocasiones con razón, que en la reunión había uno, al cual había castigado yo, y el diría los motivos que me asistieron para ello. Vista mi entereza, cada vez se mostraban mas contentos, al extremo, que Hamuiyen por encargo de los demás, le dijo á Laceny: dile al Capitan, que si quiere quitarse el bigote, le damos una mujer ó las que quiera, con un jaimé y se queda con nosotros, cosa que me hizo reir y con mucha broma les contesté, que sobre lo de las mujeres estaba conforme, pero no en lo demás, lo que también les causó mucha gracia.

Después me llamó aparte Hamuiyen, para decirme que Sidi Ahamed-Berrex, habia llegado la noche anterior del Adrar á verle y decirle, que quería hablar conmigo, y que me preparase para hacer las amistades, á lo que contesté que estaba dispuesto á ello. También me dijo que el moro llamado Ali, que me debía tambien ciertas cuentas por fechorías de poca importancia, queria también pedirme perdón.

Después nos volvimos á reunir todos y seguimos hablando hasta las diez que empezaron á hacer té y yo me levanté á dar unos paseos.

Enseguida de tomarlo, se presentó Sidi Ahamed-Berrex, saludándome con muchas risas, á lo que le contesté algo serio, cosa que él notó, diciéndome deseaba hablarme á solas, y

acompañado del intérprete nos separamos y empezó á darme un sin fin de disculpas por su conducta pasada y ofreciéndome variar en lo que pueda afectar á la colonia; me dijo quería ser mi amigo.

Yo me hice de rogar en un principio, (pués tenia las espaldas cubiertas teniendo á su hija Monija en un jaimé inmediato al Fuerte, precaución que creí oportuna tomar antes de mi marcha) acabando por perdonarle y dándonos la mano de amigo, pero con la condición de devolverme los dos camellos que habia robado, lo cual aceptó con gusto.

Nuevamente con los demás, vino, y me llamó, también aparte con Laceny, para pedirme perdón, Ali, á lo que también accedí.

Estas entrevistas, me dieron un gran realce y no dejaba de comprender, que sus semblantes y miradas querían decir: «éste sin armas y sólo entre nosotros, no pierde por un momento su carácter de Gobernador»; y creo que si me hubiesen visto doblegarme, quizás hubiese sido mi perdición. Después me dijo Hamuiyen, creía oportuno descansara todo el día, contestándole como siempre, que lo que ellos quisieran, pero sin dejarme de cumplir su palabra, qué era ir á la Kábila de Oulad Izarguiyin, tomando él entonces la palabra y diciéndome, que esto les era imposible y exponiéndome como principal razón, lo dicho por el Beker en el

jaimé de Sidi Ahamed; contestándole yo, que eso no podía ser verdad, pues precisamente en dicha Kábila, me esperaban todos; volvió con lo mismo y tanto le dije, que me dió esperanzas, aunque pocas, pues Laceny y el Cheguef, por conversaciones oídas á algunos moros, me dijeron que no me llevarían, porque tienen envidia en ver que aquella Kábila, es hoy la más rica y de las más agasajadas en la Colonia, por el comercio que lleva, y creían hacerla rabiar y despreciarla con decir: «el Capitán ha estado en nuestras Kábilas y no en la tuya».

De esto me convencí á los pocos días, cuando llegaron El-Bachir, Aldelji y varios más de Izarguiyin, dándome sus quejas, por no haberles ido á visitar como me esperaban.

Les di las razones, pero disfrazándolas lo mejor posible, para unirlos en vez de separarlos, y se marcharon conformes, no sin ofrecerme, vendrían á buscarme para llevarme solo á su Káhila.

A Hamuiyen le pedí me llevase por el Sur, hasta Cabo Blanco, por el Norte, al de Bojador y por el Centro, hasta el Adrar, contestándome les era imposible, pues antes de llegar á dichos sitios, hay muchas Kábilas con las cuales tiene que contar con anticipación; que me conformase con mi primera visita y que si quería hacer otra ya arreglarían las cosas para ir á donde yo quisiera. No obstante esto, le indi-

qué también mis deseos de lo mismo á Mohamed-iejadé, exponiéndome las mismas razones y además que acababa de llegar Sidi Ahamed-Berrex después de haber matado por robarles á dos de la Kábila del Graa, la cual podía venir en represalias, así como también que otros de la suya, acababan de hacer otro robo importante á la de Bericarla.

En mi afán de seguir el viaje hasta aquellos puntos, llamé á Sidi Ahamed Berrex, al que después de hacerle la misma petición, me contestó: «yo con mi partida y algunos hombres más que me dé Hauuiyen y Mohamed-iejadé, te llevo á donde tu quieras, pero sería correr un verdadero riesgo, y exponerme á un bochorno, si ellos me dan la negativa. Inmediatamente le contesté que todo era broma mía y que yo solo iba á verles, para llevarles la paz duradera y jamás la guerra. Sobre este punto, le dí gran des consejos y poniéndole ejemplo de sus hijos, padres y mujer, pareció enter necerse, pero es de dudarlo, porque tiene peor corazón que una hiena y ya es larga la lista de sus crímenes. Con o á las 6, fueron retirándose todos los demás y yo me dispuse á tomar el té, éste sin mirar las moscas que le quitaban, que es increíble la plaga que existe por el Interior y lo molestisitas que son, sin duda acostumbradas á la impasibilidad de los moros, á los cuales se les posan sobre el lagrimal y la boca, sobre todo

á los Chiquillos, sin que se ocupen de ellas.

Después de dar algunos paseos, por lo molido que estaba de estar tanto tiempo sentado sobre la arena, como á las 8 me quedé dormido.

Hay que advertir que el deseo de hacer las pases conmigo de Sidi Ahamed Berrex y Ali, es porque así pueden llegar á la Colonia y al retirarse, llevarse para sus familiares los obsequios que les dan los otros.

El día 11 después de tomar nuestra habitual comida, salimos como á las 5 de la mañana de casa de Hamuiyen, despidiéndome éste y todos los demás con grandes demostraciones de cariño y que no me acompañaba, por tener las piernas hinchadas, pero que me recomendaba á los demás me cuidásen muy bien, uniéndose á nosotros, mas de 50 camellos, muchos de estos con dos ginetes, llevándome por tres aduaries de Ouled-Tegeddi que en conjunto sumarían, unos 80 jaimes.

Esta jornada ha sido la mayor, pués sólo descansamos media hora, para ordeñar una cabra y darme leche, cuya operación hizo por voluntad propia y con mucho agrado El-Buen.

Los camellos cuando más despacio iban, y esto muy pocas veces, calculo andarían unos 8

kilómetros por hora; los ginetes iban jugando sobre ellos haciendo alarde de su gran agilidad y resistencia, cosa en que yo no me quedé atrás y de la que aún me resiento. Les comprendí la jugada, que era cansarme, y distraerme, con el objeto de que no les hablara de ir á Izarguiyin, y así lo hice por indicaciones de Laceny y el Cheguet.

Acampamos á las seis de la tarde en Tinniguir, de donde mandé hacer las dos hogueras, para que saliera la lancha del Gobierno en mi busca; se tubo que matar para comerlo, un camello de los grandes, además de gacelas que tenían, por cuyo camello sin pedirmelo ellos, pagué á la vuelta 6 piezas de tela y 8 pilones de azucar. Al matarlo me llamaron para verlo, cuya operación hicieron en la forma que á la cabra, pero dándole primero con la Gumia, una puñalada en el corazón y como es natural, ayudando á sujetarlo 3 hombres, otras veces más, según las condiciones del animal; mientras lo desollaron se pusieron muchos alrededor, y locos de contento, fueron recogiendo todas las piltrafas de grasa y sobre todo la de la parte de la jiba, que en pedazos pequeños, la comieron cruda; después lo dividieron en trozos (incluyendo el cuero) que repartieron por grupos de 10 individuos; cada uno de estos después de formar sus hogueras y á medio asar se lo comieron, con tal voracidad, que, apesar

de dejar los huesos pelados, aún no alcanzó.

Estando tomando el té con Mohamed-iejadé, Ali y otros, llegaron Ezman y El-Buen y me dijeron: «Capitán, tú dices que harás, y hasta ahora lo has hecho, lo que nosotros hiciéramos; ¿te quieres comer este pedazo de grasa cruda de la jiba del Camello?» sin contestarles; me lo comí y omito toda clase de comentarios.

Durante las primeras horas de la noche, les estuve explicando algo de la Estrella Polar, Osa Mayor y demás, así como de los medios para guiarse durante el día, causándoles mucho asombro al manifestarles que ellos constantemente me indicaban mi situación con sus rezos, el cual como es sabido, efectúan siempre con la cara al Oriente.

A las 5 de la mañana del otro día, salimos para Arguit, sitio del embarque, donde llegamos á las diez, y á la Colonia á las doce.

Una verdadera batalla tuve que reñir en el momento del embarque, por quererlo hacer todos mis acompañantes, sin fijarse en el estado de la Bahía, que con el fuerte viento reinante, hacia peligrosa la acumulación de tanta gente en una embarcación tan pequeña. Al fin se convencieron y me despidieron agradablemente, diciéndoles que al regresar Mohamed-iejadé les mandaría un obsequio á los que no lo habían recibido. También resultó este embarque y despedida curioso, pues pasaban de 300

los allí reunidos. En la Colonia fui recibido muy bien por todos, celebrando tantos bailes y fiestas que durante 3 días fué un constante jubileo de venir gente del Centro à pedirme algo, dejando à todos contentos apesar de que no me podía mover de lo estropeado que estaba y con los ojos algo malos, debido à la costumbre tan fatal que tienen de poner el fuego para el té y comida, pegado à la puerta del jaimé, llenando à este del humo de la leña, costumbre que pude quitarles ya al final de la expedición.

FIN DE LA SEGUNDA EXPEDICIÓN

Consideraciones generales

Después de todo cuanto llevo expuesto, referente á estas mis dos expediciones al interior del Sabara, creo de suma conveniencia, hacer algunas consideraciones, que á manera de resumen, expresen el juicio que haya formado, de todo cuanto me ha sido dado observar, al propio tiempo que reseñar, las ventajas prácticas, la positiva utilidad, que de estas visitas, se puedan derivar, en cuanto afectar pueda, al interés político y comercial de esta Colonia.

Calculo, quedándome corto, haberme internado unos 150 kilómetros por el Interior, recorriendo: Tinniguir, Tiskin, Un-uerk, Arguerguer, Imilikie, Atouf, Teerte y Teschiskent, lugares en su mayoría, formados de verdaderos eriales pedregosos, alternando con algunos manchones vegetales, de especies silvestres, constituidos en su mayor parte, por enforbia canariensis, vulgarmente conocida por cardón, espinos hasta de dos metros, gramíneas, plantas de las llamadas barrilleras, esparto, manzanilla, algunas margaritas y una especie de cañasanta; constituyendo el resto, inmensos arenales, blancos y amarillentos, donde toda vegetación, brilla por su ausencia, y zonas mas

pequeñas de terreno arcilloso, que, aunque aptos para el cultivo, se conservan vírgenes, por la carencia de agua; líquido, que sólo se encuentra, en pozos situados de trecho en trecho, á lo largo del camino y que son paso obligado de las caravanas, que naturalmente tienen que utilizarla para su bebida, pero que sale tan revuelta, de tan mal olor y tan salobre, que se hace imposible tomarla, á seres que no sean ellos. Ahora bien: despues de ésta desconsoladora perspectiva, que se ofrece al viajero que se aventura á visitar estas regiones, ¿podemos inferir que todo nuestro territorio del Sahara, tenga el mismo carácter de pobreza de su suelo, adolezca de los mismos vicios y sea todo él, tan falto de condiciones para el cultivo, como la mayor parte de la región que he podido recorrer? Poderosas razones hablan en contra de esta hipótesis, y sin necesidad de dar gran valor al testimonio de los propios indígenas que hablan de terrenos cultivados, allí, donde la acción de las lluvias, se hace sentir á mas cortos intervalos, tenemos las grandes cantidades de cebada, que en distintas ocasiones, han traído á esta Colonia y de cuya existencia, pude convencerme en Aguer-Chiuj, donde vi una gran extensión de terreno, en la que habían cultivado y recogido este cereal hacía unos 20 días y en Tinniguir donde también habia señales evidentes de reciente cultivo, en una extensión como de un

kilómetro cuadrado y donde, según me manifestaron, habían obtenido un rendimiento de ocho sacos por uno; debido quizás, á que el año último, hubo tales lluvias, que no se recuerdan iguales desde hace nueve.

Además, teniendo como he dicho algunas fajas de terreno, perfectamente aptas para el desarrollo de vegetales útiles, y habiendo lluvias que aunque escasas y tardías, al fin son lluvias (en contra de la opinión secular de que en el Sahara, no llueve en absoluto.) tenemos las dos condiciones esenciales, por las cuales, es de todo punto lógico inferir, que si bien la mayor extensión de esta parte del Desierto es estéril, existen algunas zonas, aunque pocas y pequeñas, donde puedan darse y desarrollarse algunas plantas, que, subvengan á las necesidades de sus habitantes.

El ganado, es la principal riqueza de los Kábilas que visité, y atender á su sostenimiento, es el móvil que les impulsa á cambiar continuamente de sitio, imposibilitándoles para constituir núcleos de población estables y fijos, viéndose obligados á marchar en busca de los sitios, donde una relativa fertilidad del terreno ó alguna lluvia bienhechora, hacen posible el apacentamiento de su ganado y con él, la propia vida de sus hombres.

Abunda toda clase de ganado; de los camellos, no hay que decir, que forman legión,

dato que es el único medio de transporte de que disponen, al propio tiempo que les suministra la carne para su alimentación, sucediendo lo mismo con el ganado lanar y cabrío, de cuya abundancia puede dar fé, la gran cantidad de cabras y carneros, adquiridos por esta Factoría. Respecto del caballar aunque no abunda tanto como los otros, se ven también, bastantes caballos y burros. Así mismo, á juzgar por el gran número de reses vendidas en distintas ocasiones en esta Colonia, debe existir, regular cantidad de ganado vacuno.

Ya en otro orden de consideraciones, y atendiendo á las ventajas de que hace un momento hablaba, y que pudieran desprenderse de este contacto, nunca establecido mayor, con los moradores del Sahara Español, séame lícito hacer una ligera enumeración de ellas, ya que éste es y ha sido, el móvil principal, mi punto de vista que pudiéramos decir, la idea única, que me ha guiado á penetrar en esta parte del Desierto reconocida oficialmente como española, pero cuya posesión efectiva por nuestra Nación es completamente ilusoria, por lo menos al presente, en que, con la fuerza aquí destacada no hay mas que estrictamente para afirmar nuestra soberanía en los estrechos límites del recinto en que nos movemos.

Es de todo punto indiscutible, y lo estimo como uno de los resultados mas brillantes de

mi penosa expedición, haber conseguido despertar la emulación, de Kábilas, que siempre reacias y opuestas á todo cuanto se refiere á llevar consigo á un cristiano y enseñarle sus propias moradas, han depuesto toda clase de escrúpulo, y á la hora presente, ya son varias las que se me han ofrecido, para llevarme al Interior, con toda clase de garantías. Esto me ha pasado entre otras, con la Kábila de Izarguiyin, la cual constantemente me envía emisarios, para reiterarme la invitación, hecha primero por El-Bachir, Larosy, Aldeljay y otros miembros importantes de ella, para que la recorra en su conjunto, llevándome á salir, por el Cabo Bojador, punto donde borrosamente se encuentra el límite Norte de nuestros dilatados territorios del Sahara Occidental.

La visita á la Kábila de Oulad-Delim, que como es sabido, es una de las que mas se dedican al pillaje y al robo, y que en varias ocasiones, ha impedido la llegada á esta Colonia, de caravanas de otras Kábilas que venian con transacciones, esta visita repito, á una de las ramas de ella la de Loudiquet, cuyo jefe es el ya nombrado Hamuiyen, ha traído como consecuencia el conseguir para lo futuro, no solamente que esta Kábila venga mas á menudo á comerciar, sino, lo que es mas importante, que no pongan obstáculo alguno á las demás, que libremente vengán á canjear sus produc-

tos, con los de esta Factoría Comercial.

Los medios de que para ello me he valido, claro está que no han podido ser otros, que, ofrecimientos hechos á muchos de los mas significados, regalos á algunos, atenciones con los de aquí y los de allá, etc. etc. y todos cuantos mas medios me han sido sugeridos, en consecuencia con la política de que hablaba al principio, que en todos los momentos he puesto en práctica y cuyos frutos he tenido la satisfacción de recoger como de ello puede dar fé, el aumento de transacciones, que comparativamente á años anteriores, ha habido en los casi cuatro, que llevo al frente del Gobierno de esta Colonia.

No se ha hecho esperar mucho la confirmación práctica de las ventajas, que en el orden mercantil sospechaba que pudiera tener mi visita á las Kábilas, pues á los pocos dias de mi llegada ya tuve la gran satisfacción de tocar sus resultados, viendo llegar á esta Factoría una de las mas grandes transacciones que aquí se han conocido, pues constaba nada menos que de 115 camellos, que en total tendrían, mas de 14.000 kilos de lana limpia.

Esto sin contar otras menores, pero también de importancia, de ganado en su mayoría, que han venido en los dias transcurridos desde el fin de mi expedición y otras que, si cumplen su palabra, vendrán en plazo muy breve.

Y aquí debía dar fin á esta memoria, si no creyera de mi deber llamar la atención sobre el acto conmigo realizado por Hamuillen y Mohamed Iejadé, ambes significados jefes de Kábilas, así como por Mohamed-El Cheg-guel (à) Zàngano los cuales, aparte el interés particular que siempre les guía en todos sus actos, esto no obstante, me han dado tales pruebas de lealtad y adhesión hacia nuestra Nación, que creo debia significárseles en alguna forma nuestro agradecimiento.

Grandes son tambien los servicios prestados á este Gobierno por el moro Laceny, el cual dominando perfectamente los idiomas Español y Árabe, se hace insustituible en todas aquellas entrevistas de alguna importancia que tengo que celebrar con los moros y por lo cual en esta ocasión, no pude prescindir de llevarle conmigo, pues los dos intérpretes oficiales, aunque no del todo ineptos para el caso, no reúnen las condiciones del indicado Laceny, el cual puede decirse, que es el intérprete que utilizo en toda ocasión que tengo que tratar asunto de alguna complicación. Por todo lo cual, creo sería de extraordinaria conveniencia, que ha dicho moro, se le fije una pensión mensual para que preste sus funciones, en todos los casos en que la índole del asunto requiera mas competencia para interpretar, que la que poseen los intérpretes ante-dichos.

Y por último, me permito significar muy mucho, al primer Teniente de Infantería Comandante del destacamento D. Antonio Berrián Enriquez, como así mismo, al Médico segundo del expresado D. Alberto Fumagallo Medina, los cuales dentro de sus funciones y prestándose una gran cooperación, han sabido durante mi ausencia, desplegar con gran acierto y en todos sentidos, tales medidas y política de atracción, al extremo de repercutir en el Interior, llegando hasta mí, que sin duda, ha sido la causa de serme mucho más fácil mi segunda expedición, pues no cesaban los indígenas de hablar del trato y consideraciones, que tanto á los que se encontraban en rehenes, como á los demás de la Colonia, les daban, y es más aún, me vi precisado á darles delante del Destacamento formado, una cariñosa enhorabuena, por lo muy bien dispuesto que encontré todo en la parte Militar.

Río de Oro 6 de Agosto de 1907.

ERRATAS MAS IMPORTANTES

Página	Línea	Dice	Debe decir
6	17	mis expediciones	mis dos expediciones
6	27	tamarlos	tomarlos
7	20	Bas	Bsba
7	21	hijos de la	hijos del de la
7	25	Ahemed	Ahamed
9	25	cochino»	cochino»)
10	4	pero en ellos	pero que en ellos
10	10	de visita	de mi visita
10	12	sean:, El	sean: él, El-Buen
10	16	esta,	ésta,
10	17	di, Oulad-Lejeligue	di, Oulad-Ludiquet y Oulad-Lejeligue
11	10	pasar	pasear
11	15	este,	éste,
11	18	estilo	estilo,
13	2	896	866
13	7	9	4
13	12	2'40	2'50
13	25	1'833	11'835
14	12	con el,	con él,
14	17	que la llaman	como la llaman
14	20	siempre ha	ella siempre ha
16	17	Juici-	Juisi-
18	21	80	60
19	20	ó	é
23	22	Esman	Ezman
27	14	mojamu	Mojamu
28	27	verdad	«verdad»
29	7	el gran Cheguef	el Cheguef

29	17	desollarla.	desollarla y cocinarla
29	23	Shaharianos	Sabarianos
30	26	blando con	blando mezclado con
30	30	hahian	habia
31	2	un vaso	en vez
31	5	ver el	ver también el
31	10	Mojamed-Fed	Mojamed-Fad
32	9	Day	Dey
32	11	llamó la	llamó á toda la
33	20	Juisi-ciza	Juisi-Eiza
37	5	Lejoligue	Lejeligue
39	1	Mareo	mareo
42	8	ó ir	é ir
46	29	no hubieran	me hubieran
47	7	que con ellos	que son ellos
47	24	Abderrajamén	Abderrajamán
48	26	malos»; Dichos	malos». Dichos
49	18	de esta,	de ésta,
53	14	Aldeljy	Aldeljay
53	21	Káhila	Kábila
55	1	Chiquillos	chiquillos
59	19	enforbia	euforbia
64	7-8	consecuencia	consonancia
65	26	ha dicho	á dicho